

LA PROYECCION INTERNACIONAL DEL PENSAMIENTO DE JUAN VALERA

Hijo de familia aristocrática nació don Juan Valera en Cabra (Córdoba) el año 1824. Cursó estudios de Leyes y se licenció por la Facultad de Granada en 1846. Posteriormente, bajo la protección de Serrano, se dedicó a la carrera diplomática, representando a España en distintos países; el año 1895 se recluyó en Madrid, para no salir sino en las temporadas veraniegas, y falleció en la Corte en 1905.

España, durante la vida de Valera, lucha contra una tradición hondamente arraigada de carácter agrícola e intenta imponer las nuevas tendencias de desarrollo industrial que han entrado en vigencia en el resto del Continente. Su pasado y la psicología de sus habitantes son factores en contra que dificultan el logro de esta meta. Más que en la iniciativa privada se confía en la intervención del Poder para conseguirla; en esta época España es un anticipo, en deseo, de la intervención estatal en los países totalitarios del siglo XX; el Gobierno dictaba medidas protectoras cargando los derechos de aduanas, pero si esto beneficiaba a las provincias en que comenzaba la industrialización, dañaba, por otro lado, a regiones que, como Cataluña, tenían un amplio comercio con el exterior; el disgusto producido por estas medidas fué una de las causas del nacimiento de las teorías separatistas del siglo XIX.

La burguesía española era, por estas circunstancias, débil ante el resto de la sociedad y debía de oír, con bastante frecuencia, las manifestaciones de desprecio de la aristocracia, que seguía siendo la máxima detentadora del Poder, y que opinaba sobre ella a tenor del discurso que la condesa de Montijo, madre de la futura emperatriz Eugenia, espetó a un miembro de la nueva clase, al que probó «hasta la evidencia que los *parvenus* son una canalla que a cada paso descubren la oreja» (1).

Sintiéndose débil y despreciada, la burguesía buscó alianza con el Ejército. Este —que poseía la fuerza— bajo la influencia de aquélla se liberalizó e

(1) J. VALERA: *Correspondencia*. Madrid, enero de 1847. Ed. Aguilar.

impuso —curiosa paradoja—, más de una vez el Gobierno constitucional; acostumbrándose a intervenir en política y a inclinar el platillo de la balanza del Poder con el peso de la espada, el Ejército se salió de su misión de defensa hacia el exterior y se convirtió en árbitro nacional; la alianza entre la burguesía y la fuerza fueron la causa de que España careciera en realidad, aunque en apariencia pueda parecer lo contrario, de un verdadero Gobierno liberal durante el siglo XIX, que se desarrolla políticamente entre una serie de pronunciamientos y decisiones de cuartel.

Bajo la protección del duque de Rivas, Valera se asoma al Mediterráneo; el siglo XIX estudiaba con entusiasmo la Antigüedad clásica; al descubierto las ruinas de Pompeya todo hablaba en Italia de un pasado glorioso que desbordaba la península y abarcaba la Hélade; desde el mirador de Nápoles el joven escritor español se hace humanista perfeccionando el griego, pero sin perder la conexión con su época, pues dedica gran cantidad de horas a la lectura de la literatura moderna, apareciendo «formado en letras modernas y clásicas, formación robusta dondequiera, excepcional entre los españoles de su tiempo» (2). En la sociedad napolitana eran tema corriente las conversaciones sobre la cultura griega y los comentarios de las grandes obras helenas; siempre dentro del buen tono, Valera se interesa por dominar el asunto y hacer un papel digno defendiendo, por ejemplo, el honor patrio de la acusación de incultura que pesaba sobre él. El amor hacia Grecia se mantuvo firme en aquel espíritu de contradicción durante toda su vida. Su siglo nos dió las más profundas interpretaciones del mundo clásico a través de las escuelas alemanas; nadie hasta Nietzsche se sumergió tan profunda y comprensivamente en el estudio de Grecia; Mommsen dejó una obra ingente como producto de sus estudios sobre Roma y su civilización.

El salto de Valera desde Nápoles a Lisboa le pone en contacto con el Océano renacentista; abierta hacia lejanos países la capital lusitana tiene el carácter de aventurera presta a embarcarse en viajes de descubrimiento y civilización; la larga tradición de sus marinos se mantiene cristalizada en el gran poema de Camoens; el joven diplomático lee «Os Lusíadas» y sueña con la otra orilla. La rememoranza se convierte en realidad y de Portugal es trasladado al Brasil, tierra multicolor y exótica por donde el emperador Don Pedro II «trasforma a las damas en Aspasias y en Corinas». Valera sufre una crisis de melancolía que anula su producción literaria; «Paso días enteros solo, encerrado en mi cuarto; leo, fumo y me entristezco», escribe como cualquier joven romántico de la época. Pero esta crisis es superada y la fiebre

(2) M. AZAÑA: *Clásicos castellanos: Pepita Jiménez de Valera.*

romántica apenas causa efectos sobre la base esencialmente humanista del escritor.

El romanticismo creó una imagen idealizada de la Edad Media, su conciencia se abrió sobre las ruinas del Medioevo y los bosques umbrosos de la Europa occidental; los jóvenes románticos se dejaron largas barbas y mechas. El romanticismo fué una enfermedad fecunda para el conocimiento de una Edad histórica vista hasta entonces como oscura y sin sentido; pero Valera posee un espíritu realista; físicamente aparece desde su juventud rasurado y «la forma silogística del pensamiento escolástico la tenía por una barbaridad». El no admira las ruinas embellecidas por paisajes a lo Camille Corot. Eminentemente social, en el sentido urbano, pertenece por espíritu a la burguesía de Europa de carácter aristocrático; como Sócrates, no entiende la vida que no sea ciudadana, su nacimiento en un pueblo de paisaje heleno (3) le aleja del sentido agrícola del andaluz. La soledad no pasa de ser una postura elegante, pero no es radicalmente querida; la enorme cantidad de cartas que desde todos los puntos del Globo escribió a su familia y amistades, viene a confirmar su constante deseo de intercambio de ideas; niega también la soledad, su amor a las tertulias y su afán de hacer de su casa de la Cuesta de Santo Domingo un centro de reunión para los intelectuales de la época, y esto aún en los últimos años de su vida; ya ciego y casi imposibilitado de moverse, toma caracteres de tragedia: no quedarse sólo, sentir a los demás a su alrededor, lucir entre ellos su fina inteligencia y su sensibilidad exquisita, le une con la cultura clásica y europea de su siglo. Los griegos habían escrito con un sentido eminentemente social, la palabra para ellos era *alada* y sentían siempre la necesidad de los demás; en la frase de Aristóteles de que el hombre es un animal político, está concentrada, en fórmula, esta postura. La Francia del siglo XVIII y XIX había creado la costumbre de las tertulias donde los directores espirituales de la época se reunían y lucían sus ingenios transformando y puliendo en el trato social las asperezas individuales. El paseo solitario, la contemplación desde altas cumbres de valles desiertos, no es para Valera sino concentración de fuerza para nuevos contactos sociales. Don Juan hizo de Menéndez y Pelayo, arisco montañés, un fino intelectual, y luchó, en una época en que el mal gusto popular comenzaba a asaltar la vida espiritual de Europa, por mantener el señorío y la aristocracia de la inteligencia individual.

Dentro de esta línea vital se comprende su aborrecimiento por J. J. Rousseau, al que veía como un cínico antisocial; no admitía Valera la idealización del

(3) LUIS DÍEZ DEL CORRAL: «Ensayos sobre Arte y Sociedad». *Revista de Occidente*, 1955.

buen salvaje, y el ataque que el escritor suizo realizaba en sus obras contra la cultura en la que él se había nutrido hacía aumentar la separación espiritual entre ambos. También se comprende como la postura del Solitario y su doctrina sobre el iberismo fué pronto superada en un deseo de integración cultural «la grande originalidad —escribe— no proviene de aislarse, sino en conocer lo que otros dijeron y añadir algo del caudal propio».

Pero su mismo amor al trato social le impidió formar un sistema de pensamiento sólido y deshilachó el suyo por todos los ámbitos de la cultura en un deseo de comprensión total del conjunto, que no mellara su personalidad en la especialización parcelaria de una ciencia determinada. No pudo tomar una postura única y su afán de contradecir a los demás le hizo contradecirse a sí mismo en más de una ocasión. No una realización sistemática, que no encontraríamos, sino una proyección universal de su pensamiento, hemos de buscar en este fino espíritu español del siglo XIX; intentar hallar lo que no hay nos llevaría a la tergiversación de la realidad.

Su viaje a Rusia, agregado a la misión del duque de Osuna, le puso en contacto con un gran imperio eminentemente agrícola; desde Pedro el Grande los zares habían luchado por la occidentalización de los dirigentes y superficialmente la habían logrado, pero en su interior seguía viviendo el tártaro. En los maravillosos palacios de San Petersburgo no se oía otra lengua que el francés; sus museos se contaban entre los mejores de Europa; los más célebres músicos interpretaban en sus salones; sus rectores políticos pertenecían a una clase educada en el extranjero o bajo preceptores franceses; la influencia alemana se dejaba también sentir y en las clases superiores el triunfo de Occidente parecía definitivo.

Pero ¿y el pueblo? Un abismo enorme le separaba de la aristocracia; sin clase media, pues las funciones específicas de éstas eran llenadas por los emigrados alemanes, que sirviera de puente entre las dos divisiones de la sociedad, ésta se veía tajantemente escindida ante una pequeña minoría poseedora de grandes latifundios y una inmensa mayoría gobernada despóticamente. Valera vé en esto la enorme fuerza de Rusia: Una clase dirigente educada del modo más selecto, y con una enorme fuerza primitiva completamente a su servicio, podrá conseguir lo que se proponga; no percibe el divorcio espiritual latente y no se dará cuenta de él hasta la revolución comunista de 1905, preludio de la caída definitiva de aquella aristocracia dirigente de cultura occidental y de fondo oriental despótico.

Embajador en Estados Unidos visita Valera la poderosa República democrática, hija del liberalismo europeo; su estancia en Washington le sirve para redondear la Tierra al mismo tiempo que su personalidad. La nación norte-

americana ha fundado, con plena vocación, grandes ciudades a orillas del Pacífico; este es el motivo de que sienta al Globo con plenitud; hasta entonces el mundo se había visto como europeo, y lo que no era Europa como colonia (4) carente de ser propio; la civilización específicamente occidental terminaba en la orilla atlántica de América. Pero los Estados Unidos, pese a su política de aislamiento y la doctrina de América para los americanos, enlazan a los dos grandes Océanos y da unidad y ser diferenciado, pero concreto, a las distintas partes de nuestro planeta.

Valera cumple los sesenta años y pasa la frontera de esa edad clave cuyo sentido ha perdido nuestro tiempo, pero que tuvo enorme importancia en el mundo clásico, como Augusto muestra en su correspondencia. Es la edad de la plenitud, y como todas las plenitudes, por los corrosivos que llevan dentro. sumamente peligrosa. En las cimas comienzan los descensos. Una Europa que se ha universalizado y un europeo que se ha completado se funden en la personalidad de Valera.

Vuelto a Europa asiste a los primeros golpes que la desintegración proporciona a nuestro Continente; en Viena observa los peligros que amenazan al Imperio Austro-Húngaro, unido tan sólo por la persona del monarca y con grandes fuerzas disolventes en su seno: ¿Qué será de la Europa Central? Frente a esta debilidad una gran fuerza se ha perfilado al Norte: es el Imperio prusiano que, hábilmente llevado por Bismark, acabará siendo el cáncer que transformará la Historia Universal Europea en Historia Universal. España, de nuevo anticipó del porvenir, se ve forzada a liquidar los restos de su pasado imperial; una generación amargada pone al descubierto las llagas y marasmo patrio; todo parece definitivamente perdido y tan sólo queda el consuelo de que una nación no puede hundirse más.

Las últimas obras de Valera (5) son profundamente pesimistas: «El león hispano más parece perro flaco comido de pulgas que tal león». «Tristes y solemnes momentos en que ahora nos hallamos, tan decaídos y tan hundidos económica, política y militarmente» (6-IX-1898); los Estados Unidos atacan a España continuamente y ésta no puede responder. Las grandes potencias europeas poseen una enorme fuerza en hombres y armas pero no saben cómo usarla; han llegado a dejar que Grecia y Turquía se despedacen mutuamente. ¿Qué esperar de una Humanidad que parece atacada por la locura? El optimismo de su creencia en el progreso se ha deshecho; a nada encuentra sentido, y el hombre, que en las obras de su juventud y madurez había sido

(4) En el sentido de que el mundo de color era un infra-mundo creado para ser explotado por el «Pueblo Elegido», o sea, la raza blanca.

(5) J. VALERA: *Notas diplomáticas*.

rey de la creación se convierte ahora en juguete de la Historia; todo marcha por carriles trazados, había afirmado Bismark, idéntica frase escribe Valera: «El hombre religioso llama a esto Providencia, el ateo fatalismo; pero todo está trazado y prescrito»; la predeterminación histórica de sentido fatalista tiñe el pensamiento de don Juan Valera en los últimos años de su vida.

¿Cuáles fueron las fuerzas que condujeron a esta situación?, para comprenderlas esbozaremos brevemente el siglo XIX.

Una vez realizado dicho estudio y pudiendo contemplar el pensamiento de Valera en conexión con su época, expondremos los puntos principales de éste.

EL SIGLO XIX

El siglo XIX, como concepto político, no cronológico, es uno de los más largos de la Historia europea; traspasando las fronteras de su centuria se vierte hacia el XVIII en dos generaciones de éste y con precursores que se remontan a tiempos aún anteriores; por el otro extremo abarca, como epigono, a gran parte del siglo XX.

La primera característica de esta centuria es que en todos los órdenes aparece con el gorro frigio que le da el aspecto de revolucionaria. Lo es desde el momento en que intenta romper con un pasado de raíces agrícolas en favor de un porvenir industrial; en la época hubo, entre los espíritus sensibles, una especial conciencia de este cambio; después de Valmy, Goethe exclamó: «A partir de aquí y de hoy comienza una nueva página de la historia universal»; poco antes Kant había observado que la Revolución francesa acabaría resquebrajando los regímenes tradicionales que todavía dirigían la vida política de Europa.

Esta fase iniciadora del siglo está tan cargada de fuertes personalidades que el equilibrio humano de la centuria parece que no podrá ser restablecido de nuevo. Napoleón, Goethe, Kant, Beethoven, tienen las características ideales para ser elaborados como mitos; en otra situación espiritual distinta de la positivista por la que pasaba entonces Europa, hubieran sido convertidos en seres míticos y la leyenda les hubiera deshumanizado como hizo con Alejandro o Carlomagno. En su época, bajo la mirada hipercrítica de una Humanidad con espíritu de ayuda de cámara, el realismo imperante les hace individuales dolientes, fijándose tanto en lo que tienen de único como en lo que poseen de común con los demás mortales; los sufrimientos físicos del gran compositor, las infidelidades de Josefina, las pequeñas manías de orden y puntualidad del filósofo de Koenisberg, son puestos de relieve como lazos de unión con el resto de los hombres. Sólo a Goethe se le eleva hasta convertirle casi en

mito, viéndole en medio de una serenidad infalible, ante la que los hombres inclinan reverentes la cabeza.

Aún así, generalizados, por lo que además tenían de únicos, se les veía como modelos, pero a partir de la caída de Napoleón, Europa pasa por lo que se llama la época de Biedermaier; época de Restauración, en que se intentó tornar a un pasado que había perdido su vigencia, y si bien el gorro frigió se abandonó, lo sustituyó la chistera; chimenea industrial adaptada a la cabeza de la burguesía, no menos revolucionaria que aquél, aunque a los dirigentes postnapoleónicos pareciera lo contrario. Tal fué el cambio que se efectuó en toda la sociedad europea que la revolución, a partir de entonces, nutrió a todas las clases sociales aunque éstas no se apercibiesen, lo cual fué visto años después, y ya realizado, por Bismarck, y se lo hizo ver a los legitimistas al preguntarles: «¿Cuántas existencias hay todavía en el mundo de hoy que no arraiguen en suelo revolucionario?»

Sin embargo, en el 1830 parecía aún posible tornar al pasado perturbado, se creía que temporalmente, por la fiebre francesa del XVIII; todo semejaba volver a desarrollarse dentro de pequeñas relaciones espaciales; pero mezcladas con las antiguas corrientes, otras nuevas empañaban la visión y servían de fermento a nuevas actitudes que comenzaban a desarrollarse; junto a Carlyle se veía a Owen y al lado de Chateaubriand a Balzac.

No se contó tampoco con factores que habían cambiado la estructura europea, y a consecuencia de ellos, miembros de una misma generación hacían referencia con idénticas palabras a problemas esencialmente distintos, siendo imposible por ello que se entendieran y buscaran soluciones válidas para comunidades que entraban en crisis. Dos mundos se enfrentaban ahondándose la distancia que los separaba; uno de ellos miraba hacia el porvenir y se oponía a los privilegios y absolutismos; el otro soñaba con volver al pasado agrícola que se desvanecía, nube dorada del ensueño, en el ambiente de un gran comercio planetario.

El aumento demográfico sufrido por Europa, consecuencia de la higiene y de los adelantos de la medicina que habían disminuído la mortalidad infantil y alargado las esperanzas de vida del individuo, fué enorme. Los campos se hincharon y vertieron su exceso de humanidad en las ciudades, que fueron rodeadas por el cinturón de los suburbios, donde se apiñaron, en terribles condiciones de miseria, las familias campesinas arrancadas de la tierra; Dickens hizo de su defensa y ennoblecimiento la meta de su vida literaria; espíritu sensible y que había sufrido en su misma carne los desgarrones de la pobreza inauguró, en cuadros de magnífica plasticidad, la novela social de la época. Esta masa de labriegos desheredados fué uno de los factores que hicieron entrar en crisis los sistemas tradicionales, pues como dice el profesor Freyer,

esta masa «nunca desborda de sus orillas porque no las tiene; pero sí después todo lo demás se sale de las suyas: el sedentarismo y el orden histórico de la vida, las viejas clases y los pueblos mismos» (6).

Aliada del crecimiento demográfico se presenta la industria, que tritura entre las piezas de su maquinaria al antiguo artesano y convierte a los habitantes del suburbio en proletariado. Pidiendo continuamente brazos olvida la esencial unidad del hombre en favor de su calificativo de productor; buscando mercado a su exceso de fabricación convierte a las potencias europeas en imperialistas y al mundo en colonia que ha de entregar las materias primas y adquirir los productos elaborados. Sin embargo, esta industria sin corazón, pues así fué llevada la guerra del Opio contra China, al no encontrar suficientes mercados exteriores hacia los que verter las enormes cantidades almacenadas con pingües beneficios, disminuyó éstos y acabó elevando el nivel de vida del trabajador blanco haciéndole consumidor de los bienes producidos.

Desde 1712, con la bomba de Newcomen, los descubrimientos aumentan a ritmo vertiginoso, el afán de descubrir fué una ebriedad que absorbió a las grandes inteligencias de la época. El mundo se llenó de patentes y máquinas y la epidermis europea fué cruzada por las venas paralelas de las vías férreas, mientras los caminos por los que durante siglos habían avanzado las carreteras se asphaltaban, conservando el nombre de carreteras, pero siendo usadas, cada vez con mayor exclusividad, por las máquinas del ingeniero Cugnot, anticipos, sobre tres ruedas, de los automóviles de nuestros días.

Desde 1835 hasta 1843 se construye la red europea de ferrocarriles, en el 48 París y Viena quedan definitivamente unidas por los rieles; en el mismo año Metternich, que había tratado de poner barrera a las corrientes contra el pasado, tiene que huir. La modernidad había ganado un tanto definitivo; el ferrocarril había hundido al artífice de la Santa Alianza, pero la victoria continuará siendo discutida.

Esta rápida sucesión de descubrimientos técnicos y logros materiales hizo nacer la idea del Progreso. La Humanidad marchaba por un camino ascendente. Desde la situación en que se encontraban los hombres del XIX veían a las demás épocas históricas como senderos que subían hacia la meseta en que ellos estaban, regándola con sus ricos legados. El siglo XIX recogía el fruto, y enriqueciéndole, se disponía a dejarlo en manos de las generaciones que le heredarían; así, definitivamente, el género humano se perfeccionaba. El progreso se convirtió en religión y en ciencia; la Filosofía de la Historia recogió la idea en su seno y la desarrolló; Turgot tituló su obra «Discours

(6) HANS FREYER: *Historia Universal de Europa*. Ed. Guadarrama. 1958; pág. 683.

sur les avantages que l'établissement du christianisme a procuré au genre humain; discours sur les progrès succesifs de l'esprit humain» que habla por sí mismo sobre su creencia en el progreso y la aportación del cristianismo a éste; bajo la misma idea de desarrollo Condorcet escribió el *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos de la mente humana*; su discípulo Comte dividió la historia en etapas progresivas: una edad infantil o ficticia, seguida por la juvenil o metafísica y culminada en la madurez o etapa científica; para Hegel el proceso histórico es la realización del Reino de Dios: Marx redactó *El Capital* «en el cual toda la Historia se resuelve en un proceso económico progresando hacia el fin de una revolución mundial y hacia una renovación del mundo» (7).

También como progreso se veía el reclutamiento general que convertía a una país en *nation armée*, así quedaba fuera de la lógica que una nación se lanzara sobre otra sabiendo de antemano que frente a ella se levantaría el pueblo en pleno del país acometido. La industria avituallaba a los ejércitos nacionales y los equipos de aprovisionamiento irán acaparando con preferencia la labor del militar; éste ya no será un guerrero, sino un técnico; el héroe ha sido sustituido definitivamente por el estratega. Al lado de la *nation armée*, el sufragio universal por el que el pueblo, libre de tiranos, se marcará a sí mismo el rumbo a seguir, y éste será, indudablemente, el mejor. Libre de cadenas, todo parece luz al hombre del XIX, el peligro de la guerra se ha alejado, pues el pueblo no querrá votar por su destrucción, una era de paz europea parece inaugurarse, pero voces de aviso resuenan entre los mejores espíritus; Taine observa que: «De guerra en guerra, la institución (reclutamiento general) se ha agravado: como algo contagioso, se ha propagado de Estado en Estado; en la actualidad ocupa toda la Europa continental, y reina con el compañero natural, su hermano gemelo, el sufragio universal; alternativamente, cada uno de ellos sobresale y remolca al otro, más o menos incompleto o disfrazado. Ambos son los conductores o reguladores ciegos y formidables de la Historia futura: el uno, poniendo en las manos de cada adulto un boletín de voto, y el otro, poniéndole en la espalda una mochila de soldado. ¡Qué porvenir de matanzas y destrucciones para el siglo XIX! ¡Qué exasperación dé rencores y desconfianzas internacionales! ¡Qué pérdida del trabajo humano! ¡Qué retroceso hacia las formas inferiores y malsanas de las antiguas sociedades bélicas! ¡Qué marcha retrógrada hacia los sentimientos, costumbres y moral de la antigua tribu bárbara! Nosotros lo sabemos por nuestra propia experiencia» (8). Pero el retroceso, en este sentido, superará aún al

(7) KARL LÖWITH: *El Sentido de la Historia*. Ed. Aguilar, 1956; pág. 53.

(8) H. TAINE: *Les Origines de la France Contemporaine*. Tomo X, pág. 123.

salvajismo de las antiguas tribus; los nacionalismos serán los grandes disolventes de aquel sueño de una Europa unida en progreso continuo y los creadores de odios más profundos que los que separan a un salvaje de otro. Quince millones entre muertos y heridos en la guerra de 1914 y los cincuenta y cinco de la II Guerra Mundial son, por ahora, las cicatrices que el mundo muestra como consecuencia del nacimiento de la idea decimonónica del reclutamiento general.

El progreso también entabló la lucha contra el analfabetismo; el hombre medio elevó su cultura por medio del periódico. La notificación de hechos ocurridos en el mundo tomó caracteres de gran negocio para los diarios; con frases hechas se machacó la inteligencia de los individuos sin darles descanso ni tiempo para opinar por su cuenta; por primera vez el «lavado de cerebros» tomó cuerpo por las continuas propagandas partidistas; los *slogans* ocuparon el lugar de las meditaciones, y el hombre de la calle, creyendo ya saberlo todo, se alejó de sus directores intelectuales y engrosó con su opinión la común e indiscriminada de la masa. Los periódicos de gran tirada ejercieron el monopolio en la formación popular, una vez pasada por los lectores la edad escolar, se convirtieron en su exclusivo pasto intelectual; algunos pensadores del XIX, que mantenían una tradición individualista, atacaron al nuevo poder invasor y nivelador de cerebros que producía tremendos efectos de desorientación en el hombre de la calle al cambiar las tendencias de los dirigentes políticos; Valera escribe a Menéndez y Pelayo sobre este producto de la edad de la máquina en los términos siguientes: «Ya sabemos que no es institución, ni magisterio, ni sacerdocio, ni nada.

»Es todo lo que se quiera de peor: pocilga, basurero, cloaca, rastro y baratillo; pero en él se anuncian, se avisan las cosas, se llama la atención con bombos, se chilla para llamar al curioso, etc., etc. El buen paño en el arca se vende; pero puesto en escaparate se vende más, y pregonado, aunque sea por el más zafio pregonero, se vende más aún. La prensa es máquina de divulgación y de publicidad» (9).

Todos estos factores rompieron los antiguos marcos de relaciones espaciales; la técnica europea se universalizó y sus modos de vida fueron copiados por los demás continentes, pero las civilizaciones mantuvieron vivos sus espíritus. Sin embargo, el europeo seguía considerándose, pese a la abolición de la esclavitud y a la exposición de los derechos del hombre, como miembro de una raza superior y veía al resto del mundo como mercado o colonia.

Las potencias occidentales crearon grandes imperios y nuevas fronteras surgieron en tierras exóticas que vinieron a desdibujar los antiguos sistemas de

(9) J. Valera a Menéndez y Pelayo: *Correspondencia*. Bruselas, 26 de abril de 1887.

alianzas y a enconar los orgullos nacionalistas al ser heridos en las posesiones, situadas a miles de kilómetros de las metrópolis, por naciones con las que, en tiempos pasados no habían existido motivos de rivalidades y que ahora los creaban sus nuevas fronteras extraeuropeas. Otros países llegaron tarde al reparto del Globo, pero no conformes con la situación establecida formaron el grupo de las reivindicaciones que intentará romper el equilibrio que respaldaba Inglaterra.

Cuando en la exposición de París de 1867, Krupp presentó un cañón gigante, el público paseó a su alrededor y admiró la técnica alemana. Cegada por la quimera del progreso de la época no supo ver, como no lo había visto ni en el sufragio popular ni en el reclutamiento general, el peligro que aquella enorme pieza acerada encerraba en sus entrañas. La carrera de los armamentos llamaba a las puertas del nuevo siglo, y, tonel de los Danaides, tragará sin cesar hombres, presupuestos, descubrimientos, sabios, planes y nuevos planes, sin llenarse ni darse por ahito jamás. La enajenación se había apoderado de Europa; símbolo de ella, Nietzsche, moría, con la razón perdida en el año 1900.

HOMBRE Y SOCIEDAD

Cuando Valera se plantea el problema de la sociedad, ve a ésta con una existencia connatural a la del hombre: El hombre es un ser social en puro sentido aristotélico en el que se introduce la cuña de la creación judeo-cristiana, es decir, su sociabilidad coincide con su aparición en la tierra; una vez creado, se muestra como señor de sí mismo y de su alrededor, dentro de un conjunto que le sostiene y que le marca el rumbo a seguir; el hombre nació hablando, pero este hablar no es sólo el denominar lo exterior a él, o el dar nombre a sus sensaciones físicas concretas en un proceso perfeccionador dirigido hacia representaciones abstractas, como podría afirmar una escuela evolucionista; más perfecto aún, es capaz de expresar con conciencia cabal sus deberes, sus derechos, su valor y su fuerza; es el idioma del Adán bíblico conversando con la Divinidad.

Pero, ¿cómo el hombre, débil sino perverso, puede encontrarse con un camino tan claramente iluminado y con el difícil proceso de iniciación realizado? Adoptemos la doctrina que deseemos; seamos puros racionalistas o sintámonos católicos sinceros: en un lado o en otro, en cualquier postura, hemos de aceptar la existencia de una revelación, pues por grande que sea el impulso interior, por máxima que sea la energía instintiva, nada de esto es suficiente; contando tan sólo con sus propios medios los hombres no hubieran podido «crear instantáneamente los idiomas, tener conocimiento del principio divino

y convenir en el fundamento de la moral» y aún más, pues surgió también entonces el sometimiento a «ciertas leyes que todos reconocieron como ingé-
nitas en nosotros mismos». Estas leyes forman un derecho de origen divino,
e, indudablemente, fueron puestas dentro del hombre, siendo sólo necesario
para conocerlas mirar hacia nuestro interior desgarrando las tinieblas del sub-
jetivismo.

Al lado, aunque inferiores a las mencionadas, existe otro conjunto de
leyes que están fuera del hombre y que éste ha de descubrir; estas normas,
que han de regir la actividad cismundana de la sociedad, toman su fuerza
del consenso general y, por tanto, no hay más modo de darlas que mediante
una votación. Puede resultar que el hombre, al tender hacia la meta de la
justicia, aduldere, aun sin querer, la ley, y entonces, aunque la votase todo el
género humano, no por ello sería ley, pues iría contra lo justo. Por el con-
trario, si una sola persona está en lo justo, ella sola seguirá la ley, aunque el
género humano diga lo contrario. Esta postura, de raigambre individualista,
muestra el predominio que en el pensamiento del autor tiene el aristocrati-
cismo intelectual frente a la corriente creciente de democraticismo y positi-
vismo.

Pero el individuo puede muy poco frente a la mayoría y ha de esperar
con paciencia a que llegue su turno para aprovechar su fuerza concentrada en
la soledad y hacer ver su razón contra la opinión de la masa. Así, «como no
hay otro modo de dar leyes positivas, a no ser imponiéndolas por la fuerza,
que por medio de votación, lo mejor es la votación y la deliberación previa
antes de dar leyes, pero teniendo siempre presente que es medio humano,
defectuoso y falible de darlas, por donde pueden y suelen ser malas. De aquí,
por un lado, el deber de someterse a ellas, una vez promulgadas, y por otro
lado, el pleno derecho de censurarlas, satirizarlas e impugnarlas hasta lograr
que sean derogadas.»

El ser individual no ha de someterse a lo colectivo cuando está seguro de
tener él la razón, pero ha de emplear sus medios peculiares de oposición; los
tres que se citan: censura, sátira e impugnación dan muestra de la rebeldía
espiritual frente a lo injusto, aunque exteriormente, y sobre todo a causa de
los medios de coacción de que disponen las leyes positivas para obligar a su
acatamiento, se haya el individuo de inclinar ante ellas, pero no sin dejar
bien claramente expuesto su punto de vista, es decir, el de que en su mayor
parte suelen ser malas y el de que se ha de empeñar la lucha para que se
invaliden.

Enfrentándose a la sociedad como problema ontológico, Valera la ve como
un conjunto formado por individuos que no es más que la suma de éstos.
Adición cualitativa y cuantitativa en la que no hay sino lo que se pone en

sentido estricto; la sociedad no está viciada ni plagada de males, ni siquiera es responsable como querían hacerla los socialistas; formada por hombres, es a éstos a los que hay que examinar y acusar de los males comunes.

Examinémosles: Son débiles de por sí, no tienen ni fuerzas suficientes para ser perfectamente buenos ni siquiera para ser puramente malos; su perversidad es tan blanda como su bondad. ¿Cómo de su agregación y combinación podría esperarse un bien general perfecto a maravilla? Dejemos esta posibilidad medrar en el reino de la utopía y atengámonos a la esfera de la realidad; no tendremos más remedio que acabar reconociendo que la sociedad no es responsable; no puede serlo porque constitutivamente no es sino un hombre puesto junto a otro en cantidad indefinida; responsables son éstos, mejorándolos se mejora la sociedad, degradándolo se envicia el conjunto.

En este punto llegamos a la afirmación de que el hombre es un ser perfectible, pero que lo es a partir de un supuesto, ya que, según vimos, lo más árido del camino le fué dado no recorrerlo gracias a una revelación primitiva; «el progreso, en que sin duda creemos, pero de un modo muy limitado, no ha sido más que el desarrollo que ha dado y va dando sucesivamente la razón a lo que el instinto o la revelación primitiva nos mostró en un principio». La sociedad comulga en estos caracteres mejorándose natural y pausadamente a medida que esto se efectúa en sus componentes.

Este proceso, sin embargo, está predeterminado, sus leyes tienen profunda semejanza con aquellas que rigen el movimiento de los astros: no pueden impedirse; marchan hacia su cumplimiento con la misma seguridad con la que la Tierra desarrolla su órbita elíptica en torno al Sol; el hombre religioso llama a esto Providencia, el ateo fatalismo. La confianza de Valera en las posibilidades del individuo se enlaza con el pensamiento general de su siglo, como puede percibirse en el *Brand* de Ibsen o en la filosofía de Nietzsche. ¡Cuán lejos se está aún de Orwell o de Ionesco en que el individuo ha perdido su confianza en sí mismo pasando a ser un ente aniquilado por las terribles fuerza de los Estados totalitarios!

Valera, que ha visto la sociedad individualizada y que después nos afirma la marcha prefijada de ésta, niega explícitamente el libre albedrío en favor de una predeterminación histórica por encima del hombre. Dicha predeterminación está claramente expuesta en sus creencias sobre el éxito.

Veamos cómo desarrolla este tema en una carta fechada en Lisboa en el año 1881: El éxito entra por mucho en todo; el lograr una meta no depende tan sólo de la virtud o habilidad del individuo, éste pone su lucha, se convierte en un ser hazañoso, pero fuera de él hay un conjunto de casos, un encadenamiento de circunstancias, «trazado todo y prescrito por la Providencia o nacido todo de leyes fatales», pero, de un modo o de otro, con un ca-

rácter común, el de «escapar a la previsión humana». Hasta aquí azar, pero con la afirmación de que éste también discurre por un carril trazado y del que no se puede desviar; al hombre se le escapa su sentido, «de aquí que se hable de ciega fortuna. La fortuna existe, sólo que no es ciega: somos ciegos los hombres que no vemos la razón de los sucesos ni atinamos a preverlos.»

Dentro de esta sociedad perfectible existe el mal moral, que se reduce a la suma del mal de los individuos que la componen. A primera vista podría parecer deseable la desaparición total de éste, pero un análisis detallado de las funciones que desarrolla viene a demostrarnos que el tal mal moral individual es, en el fondo, un bien social, conservado por la Providencia o por la naturaleza de las cosas a fin de evitar la degeneración del hombre, y con la de él, la de la sociedad.

La evolución progresiva podría llegar a eliminar la separación que existe entre los conceptos de virtud y utilidad y a unificarlos ante nuestra mirada; entonces se habría anulado el imperativo categórico que resuena en nuestra conciencia y por interés, sino por astucia, perseguiríamos la realización de la virtud-utilidad.

Sin embargo, hemos de reconocer que en el hombre exige menos esfuerzo tender hacia su utilidad que hacerlo hacia la virtud, poco a poco, y por desuso, olvidaría ésta y quedaría solamente aquélla como meta de nuestras aspiraciones morales; pero la Historia sigue su marcha y le es imposible pararse en este término dichoso; fuerzas subyacentes saldrían al exterior, y entonces sería necesaria nueva energía para vencerlas; nadie tendría ánimos para emprender la lucha; deshecho el fino temple de lo honesto, subordinado o suplantado por el concepto de utilidad «nos quitaría toda suerte de acción, y la sociedad, al realizar su ideal, habría realizado un fantasma que la ahogaría entre sus brazos».

IGLESIA Y SOCIEDAD

Ante la función de la Iglesia en la Sociedad, Valera distingue la finalidad espiritual, la escalotogía en que aquélla se basa; con su postura de despego hacia el mundo, con su renuncia a la carne, con su lucha contra el demonio, el Cuerpo Místico de Cristo enfrenta a la sociedad ofreciendo al hombre una vida verdadera, que en postura despectiva hacia el valle de lágrimas que es nuestra existencia terrenal, considera a ésta tan sólo como un camino espinoso, como una serie de obstáculos a los que ha de enfrentar el libre albedrío individual, apoyándose en el amor a Dios y en la gracia carismática concedida por Este, para lograr así un premio eterno una vez desprendidos del peso del

cuerpo por la muerte, que toma en este conjunto de creencias carácter de liberadora.

Cuando Dios creó al hombre dió a su vida un sentido positivo, dotándola de una voluntad dominadora que se manifiesta claramente en el Antiguo Testamento: «Procread y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra» (10). Pero el pecado original enfrentó a todo este conjunto con el hombre, y éste, de señor, pasó a ser esclavo y enemigo de su contorno. Para volver, en cierto modo, a su antigua realeza, no le queda más guía que la renuncia y el autodomínio —pues «¿no ha hecho Dios necesidad la sabiduría de este mundo?» (11)—. Lograda la posesión de esta vía, el hombre se encamina victorioso por una senda de promesas que desemboca en la bienaventuranza eterna, facilitada, o mejor dicho, hecha posible mediante la Redención, catástasis del Nuevo Testamento.

Pero la aceptación de esta doctrina es personal; el individuo decide si la acata o no y el grado en que cumplirá sus postulados y se adscribirá a su obligatoriedad. La medida de esta aceptación viene dada por la fe y por las obras, dualismos de causas que tienden a un solo efecto: el de la salvación individual.

De aquí la originalidad del cristianismo frente a las religiones antiguas; éstas no se basaban en una Revelación exterior al hombre y dimanante de la Divinidad, sino que «eran la esencia del ser de cada pueblo». Los dioses se convertían en creación de los hombres; éstos les imponían sus atributos, los cuales eran los mismos que los suyos, nada más que vistos a través de conceptos aumentativos; así agigantados, poco a poco se les perfeccionaba espiritualmente puliéndolos y elevándoles sobre el común de los mortales; gracias a las doctrinas filosóficas que les moralizaba, y en cierto grado se les hacía providentes. Tras este proceso, coincidente con el movimiento general de perceptibilidad del pueblo, se convertían las religiones antiguas en «profundamente políticas» y siendo el hombre un «animal político» esta identidad esencial le unía de tal modo a sus dioses que éstos eran lo último que abandonaba cuando llegaba la hora de su desintegración cultural. A veces, el pueblo conquistador adoptaba los dioses del conquistado, pero para ello era preciso realizar una serie de ceremonias de purificación de la divinidad que pasaba así a ser parte de la «constitución íntima del Estado».

Las religiones antiguas eran piezas esenciales en las formaciones sociales de las Repúblicas, ellas las sostenían, pero incrustadas y petrificadas dentro del

(10) Génesis 1, 28.

(11) SAN PABLO: *Epístola 1 a los corintios* 1. 20.

organismo del pueblo, «impedían el progreso de la Humanidad», y tan sólo haciéndolas saltar violentamente, ésta conseguía reanudar su marcha ascendente.

El cristianismo, sin embargo, fué distinto a estas religiones, y ello no sólo por su origen revelatorio, sino también por su función, pues «vino al cabo y separó lo espiritual de lo temporal, quiso que las sociedades fuesen benditas por él, pero no que en él se apoyasen, y sirvió de guía a los hombres, pero no de fundamento a las instituciones humanas, aunque se procuró santificarlas».

Valera distingue, limpidamente separados, dos planos en los que se desarrolla la existencia del hombre; el más elevado es el espiritual y de él debe cuidarse la Iglesia; el otro plano, material, cae bajo la férula del Estado, que provee la realización de los fines mundanos de la sociedad. La interpenetración de estos dos poderes es perjudicial y aun peligrosa; el progreso de la Humanidad hará que ambas esferas se separen completamente y puedan así, con más facilidad, dar cima, cada una de ellas, a su finalidad específica, pero «aún están confundidos ambos poderes, espiritual y temporal en no pocos Estados cristianos, y que donde el poder espiritual gobierna *temporalmente* están los pueblos muy mal gobernados, y que donde el poder temporal se atribuye el gobierno de la Iglesia, la Iglesia está muy poco floreciente en ciencia y virtudes» y sería inútil alegar el poder que sobre ambos planos ejerció en otro tiempo la Iglesia como prueba en contra de estos asertos, pues lo beneficioso que entonces resultó esta concentración se debió a muy especiales circunstancias históricas no vigentes en el día.

En la *Doctrina del Progreso* Valera muestra con suma claridad su ideal de separación, no invalidado ni por el pasado ni por una gracia especial, pues «en cuanto al poder que la Iglesia se atribuyó el otro tiempo, y que aún en el día puede atribuirse, ni el Espíritu Santo la ilumina, ni es infalible la Iglesia. En la Edad Media, los Papas, los prelados y el clero eran los más sabios no sólo en las cosas espirituales sino en las temporales también, y por eso fué entonces legítimo y provechoso su poder político. En el día tal vez no lo sea, y tal vez por eso todos los liberales y progresistas aborrezcan la teocracia. Mas no por que hayamos despojado a la Iglesia de su poder temporal hemos de despojarla asimismo del espiritual, y manejándola a nuestro antojo, servirnos de él para nuestros fines temporales. Esta sería entre todas las herejías la más espantosa. Sería imaginar que nos lleváramos al Espíritu Santo a los clubs y a las redacciones de los periódicos. Y no porque mucha parte del clero trate de conservar aún antiguos privilegios y su influencia o poder político, sirviéndose malamente de la religión para conservarlo, ni porque muchos legos y seglares, aconsejados más por el propio interés que por la piedad, traten de apoyar en la religión el absolutismo y mil rancios abusos, podremos nosotros

tener excusa o motivo para apoyar en la religión, como por vía de represalias, nuestras opiniones democráticas, malas o buenas, y el «progreso», tal como nos plazca entenderlo. A mi ver es de lamentar el que haya neocatólicos y teocráticos absolutistas como el que haya demócratas, hegelianos y «humanitarios».

Reconoce Valera todo lo que de positivo se debe al cristianismo; su triunfante poder civilizador, que ha guiado durante siglos a los naciones europeas; los sacrificios de sus componentes en la extensión de la civilización por el planeta; el magisterio ejercido sobre todas las razas, lenguas y tribus. Su actividad social orientada a la extensión de la fe, es encomiable, pero ésta debe permanecer en el terreno individual y dejar a la razón, su moderadora, el dominio del mundo.

La fe nos da la certeza y la seguridad de ser poseedores de la verdad; esto nos hace intransigentes y nos fuerza a tratar de imponer nuestro criterio; pero la razón muestra la imposibilidad de someter al reino del espíritu por el camino de la violencia física. Por ella llegamos a la comprensión de otros criterios y posturas ante la existencia y se hace viable la convivencia, con su lima de asperezas, en un sentido superior a lo que, en caso contrario, sería una mera coexistencia.

El olvido de esto fué el mayor pecado de la Reforma, la cual representa «una rebelión de la barbarie que retardó el progreso dos o tres siglos; que no trajo tolerancia ni libertad de conciencia; que recrudeció el fanatismo en unas y otras parcialidades, y que perjudicó mucho a la elegancia de la vida y de las costumbres, a las artes y a las letras y a la filosofía, tan florecientes ya antes de Lutero, y hasta el conocimiento de la naturaleza, divirtiendo las inteligencias a cuestiones lamentables sobre gracia, libre albedrío, etc., en las cuales los católicos defendían lo liberal y lo razonable y los protestantes desatinaban. De todos modo, fué un mal gravísimo que tan estúpidamente se rompiese la unidad de la civilización de Europa.» De tal bache, provocado por una fe inmoderada, sublevada contra la razón, Europa aún no ha podido reponerse. Sin embargo, una aurora de esperanza comienza a perfilarse en el porvenir, dentro de ella el foco de luz viene representado por el reinado de la clase media, por la soberanía de la inteligencia.

Consecuente con esta línea de pensamiento, en que la fe se somete a la razón, en favor de una convivencia sin roces, Valera defiende la libertad religiosa en una lucha en la que no alcanzará la victoria. Intentando ir más allá de la simple tolerancia hacia los disidentes del catolicismo predicada por Cánovas, trata de poner a todas las doctrinas en un mismo plano de autonomía defendiendo en la Alta Cámara que: «Todo español tiene el derecho de sostener y difundir las opiniones religiosas que más conforme halle con la verdad;

de dar culto a Dios con los ritos y ceremonias de la religión en que crea, y de reunirse y de asociarse con otros hombres para realizar tan altos fines».

El optimismo de Juan Valera, que no se vió dañado por las dos grandes catástrofes bélicas de nuestro siglo, ni por las no menos agobiadoras crisis sociales postbélicas, se halla inserto en la *Belle époque*, con sus guerras limitadas y controladas, con su confianza en el progreso, que técnicamente se presentaba tan prometedor; con sus esperanzas puestas en un porvenir henchido de promesas; con una política internacional proyectada desde Europa. Una época dirigida por una burguesía ennoblecida y por una nobleza aburguesada que miraba con confianza hacia un horizonte limpio de las sombrías amenazas de destrucción universal que se cernirán sobre el mundo de mediados del siglo XX, mientras marchaban en los primeros automóviles a velocidades de 25 kilómetros por hora y los periódicos de la época insertaban artículos sensacionalistas afirmando los peligros de la muerte por asfixia que corrían los conductores de tan rápidos vehículos.

POLÍTICA Y FILOSOFÍA

La sociedad, situada en un punto determinado de su evolución, ve al pasado como carga y liberación; como carga se hace responsable del legado de la Historia; como liberación mide el camino recorrido desde la meta alcanzada y ve, en las márgenes de la ruta, abandonadas, las posturas gastadas, las creencias petrificadas, los modos de vida efractados, todo cuando se ha convertido en inservible bajo el paso aplastante del tiempo, todo cuanto es pasado sin vigencia. La Historia no es una masa indiferenciada que, en bloque, se presente a nuestra observación; la evolución de la sociedad nos la ofrece como escala en la que con claridad distigue la mente humana los períodos peculiares que forma cada división del pasado; los perfiles acusados, los juegos de fuerzas, de aspiración, de miras y de intereses, rigen a cada una de estas divisiones con distinto grado de poder y de normatividad; «ora tienen hondas raíces, ora son pasajeras», pero han sido vividos, sentidos y deseados por hombres y han representado «un estado de la mente humana en un momento dado de la Historia».

Dentro de estos períodos la mente humana produce, para fundar su convivencia sobre una comunidad de intereses y cultura, partidos políticos y sistemas filosóficos. Contra lo que parecen haber deducido algunos pensadores desconectados de la raíz vital del devenir, partidos y sistemas son dos realidades independientes tanto en su nacimiento como en su desarrollo ulterior; «los partidos políticos no tienen dependencia de las escuelas filosóficas. En el orden

histórico, casi siempre preceden los partidos políticos a dichas escuelas. La filosofía puede venir más tarde a explicarlos y metodizarlos, pero ellos existen previamente.»

El sistema filosófico toma el aspecto de invasor de un campo independiente, pero no la de creador. Intenta explicar la realidad política o la natural, pero nada nos permite deducir de la función que se adjudica que ésta o aquélla sean productos de una postura filosófica. La autarquía de origen se mantiene vigente en sus desarrollos, las conexiones son fortuitas, no existe una identidad esencial pues «la colectividad, el conjunto de todo un partido político no se ha atenido jamás a un sistema filosófico determinado. Habrá muchos que filosofen sobre el partido; habrá muchos que le busquen quintaesencias; habrá muchos que le planten e injerten sobre tal o cual sistema; pero, en realidad, no procede del sistema que se supone», sino que ambas nacen de necesidades y deseos de la Humanidad en una determinada situación histórica prescrita (12).

En el conjunto de continentes monolíticos que rodean a Europa, representa ésta la variedad, la riqueza de la pluralidad; ella es la tierra del pensamiento, la patria de la sensibilidad; de un extremo a otro, de Lisboa a Moscú, de Sicilia a San Petersburgo, poetas y pensadores se nutren de un acervo común, de una tradición que es el símbolo de unidad en su diversidad. «En Europa todo es movimiento y vida», pero el núcleo de este movimiento y vida es la «muchedumbre del pueblo» que, «divinamente inspirada» (13) pone y combina «las constituciones y los cimientos de toda sociedad humana». Hijo de su siglo, heredero de la lucha contra el absolutismo personal que entabló la Revolución francesa, el pensamiento de Valera ve al pueblo como depositario del poder, que crea las leyes, los tronos (14) y los partidos políticos; la filosofía, por el contrario, es una creación individual, una interpretación, no habiendo, dada esta diferencia de origen, «ningún filósofo, por grande que sea que invente partido político alguno».

La filosofía ocupa la postura de «ancilla» de las demás realidades; este papel derivado, puesto que supone un previo señorío, la hace desempeñar una triste figura, fantasmal y decadente, frente a las sustancias independientes, siendo, frecuentemente, el último rayo emanante de una realidad desaparecida, que toma el carácter de autárquica por la anulación de su origen: «El precepto, la regla, la teórica, la filosofía del arte ha venido siempre después

(12) Ver en *Hombre y sociedad* el pensamiento de Valera sobre la predeterminación histórica.

(13) DOMINGO DE SOTO: *Divinitus erudita*.

(14) La vigencia de este pensamiento lleva a la Monarquía liberal.

del arte mismo y no lo ha fecundado. Cuando Aristarco criticaba ya no había poeta como Esquilo, Homero y Sófocles; cuando Quintiliano discurría sobre elocuencia no había ya oradores como Cicerón; puede ser que cuando o donde se filosofe sobre la política no haya políticos tampoco». Pero esto no es sino una posibilidad que no rige exclusivamente, ya que, normalmente, tanto la filosofía como el arte o los sistemas políticos responden a necesidades de la Humanidad, y aunque situados a diferentes niveles, según la época, para cumplir su función tienen que mantener su independencia, y desarrollar, en antiperítesis su máximo esplendor.

Por lo tanto, el punto de partida para ejercer el poder no deben buscarlo los Gobiernos en un sistema filosófico. Calando hasta la latente realidad histórica, los Gobiernos deben darse cuenta de que, siendo los pueblos los depositarios del poder, las posturas absolutistas son inconcebibles: «Para que una nación florezca y prospere, es menester que ese Gobierno sea la misma opinión pública ilustrada, revestida de poder y ejerciéndolo en nombre de la razón, de la justicia y de la convivencia y decoro de la República.»

La postura actual de la mente humana alcanzada en el discurrir de la Historia hace imposible pretender «convencer a las muchedumbres de que se las manda y las tiraniza en nombre de Dios» y aunque es sumamente difícil extraer del conglomerado *pueblo* la opinión pública que sea digna de respeto, ateniéndose a la realidad de los hechos, deben tratar los Gobiernos de ejercer el poder «razonable, justa y convenientemente» para no sucumbir bajo la fuerza terrible de una nación declarada en rebeldía contra sus órganos rectores. Para Valera el Estado debe tener el carácter de *res publica*, vertido hacia la totalidad del pueblo y favoreciendo la realización del bien común; en caso de no tener este carácter de protector se convierte en ilegítimo y es lícito a la sociedad intentar derrocarlo.

LIBERALISMO

La escuela que mejor cumplirá con las finalidades que se ha de fijar del Gobierno será, sin duda, la liberal. Hija del siglo que es la más próxima a la opinión pública ilustrada, es como la quintaesencia del espíritu de su tiempo; en su base predomina el deseo de hacer reinar a la razón buscando una vía equidistante entre principios opuestos; recluta a sus componentes dentro de la clase media que ni es tan aferrada a la tradición como la alta burguesía y la aristocracia, ni intenta hacer caso omiso del pasado como postula la democracia. Dejando encerrados en sus torres de marfil a los pensamientos y deseos desequilibrados, capaces tanto de grandes triunfos que enardeczan la imagina-

ción de los poetas, como de tristes descalabros que hundan en lóbrega sima a nuestro ser, el liberalismo intenta imponer la reflexión, aunque sobre él caigan los dicerios de «vulgar y egoísta», a los grupos extremistas.

Este camino, sin embargo, es sumamente difícil de seguir, recuerda al del equilibrista que realiza sus ejercicios sobre la cuerda floja; para colmo de males los enganches terminales están sujetos a postes que no dejan ni un momento de intentar lanzarse a un baile diabólico o a una acometida feroz uno contra otro. El liberal extiende sus brazos intentando calmarlos, trata de hacer oír la voz de la razón que se ahoga entre los rugidos de las pasiones, lucha por mantener el equilibrio, aunque de antemano sepa que está perdido, pero combate, bajo el dominio del imperativo categórico, sin aflojar, hasta su caída: «La escuela liberal, esto es, la gente sensata e ilustrada, está condenada, sin saberlo, pero a menudo sabiéndolo perfectamente, a no gobernar largo tiempo a los pueblos que no son ni ilustrados ni sensatos, y va a dar con el bajel que lleva su fortuna, o al puerto católico del día de San Antonio en Sevilla, con el saqueo en nombre de la religión y del rey, y el grito de muera la nación y viva la Inquisición y las cadenas, o a los escollos socialistas de los incendios de Valladolid y de Palencia.»

Pocas naciones en Europa han conseguido elevarse sobre la barbarie y la prioridad de los instintos, pocas, por lo tanto, son aquellas en que el liberalismo puede mantenerse. En la lucha por la convivencia, la justicia y el orden, frente a las pasiones desatadas, se han colocado en cabeza tres países: Inglaterra, Bélgica y Francia, los tres han podido entregar el gobierno a los liberales por la superior cultura y armonía de sus pueblos. La sociedad descansa confiada en «una escuela que no dice *afirmo* ni *niego*; porque siempre *distingue* entre la religión y la superstición, la libertad y la licencia. La meta alcanzada por estas naciones las hace aparecer como modelos ideales hacia los que deben tender el resto de los países. Sin olvidar las características propias de cada pueblo, la perfectibilidad social puede llevar a la adquisición de nuevos hábitos de comprensión que eviten las fricciones dolorosas y limen las aristas punzantes; dichos hábitos evitarán las posturas extremas y unilaterales y cumplirán con: «El supremo interés de esa escuela (liberal), y bien se puede añadir que el supremo interés de la sociedad toda (el cual) está en que no llegue el día de las negociaciones radicales o de las afirmaciones soberanas; esto es, el día de Robespierre o de Torquemada; el día de San Bartolomé, o las matanzas de septiembre; el día de los autos de fe o el día de la guillotina; el día de los asesinatos de los judíos y de los indios, o el de los asesinatos de los frailes.»

Cuán difícil es alcanzar la meta que hace posible el gobierno de la escuela liberal nos lo hace patente el resto de las naciones. Una opinión pública sin

ilustración es incapaz de basar los cambios en la discusión, pues para que ésta dé fruto ha de mantenerse con imparcialidad y con el previo convencimiento de que nuestras ideas pueden ser erróneas y ciertas las de nuestro adversario.

La ilustración propaga «el escepticismo o la doctrina filosófica que nos aconseja examinar detenidamente antes de creer»; este examen exige un mínimo de cultura por parte del examinador, pero si un pueblo no ha alcanzado este mínimo, prefiere, a arduas discusiones, que parecen marchar lentamente hacia el logro del orden y de la justicia, lo que llama la acción directa, atajo que no es sino retroceso y que consiste en sacar a la superficie los pocos monstruosos que residen en el individuo instintivo y despararrarlos, como hierro y fuego, por las entrañas de la sociedad. Perdidos o no alcanzados los frenos que impone la cultura, y sin vigencia la contención religiosa, ya que la fe evangélica carece de fuerza para conformar la actuación del pueblo, éste «se va a los montes con un trabuco, o apremiado por sus instintos (Dios nos libre de ellos), se derrama por las plazas y por las calles pidiendo lo que se le antoja, o tomándolo sin pedirlo, y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas. Estas cátedras deben de ser, sin duda, las Universidades que Fernando VII mandó cerrar, si bien abrió, en cambio, un colegio de Tauromaquia.»

DEMOCRACIA

La democracia aparece ante el pensamiento de Valera como carácter de enfermedad social; haciendo tabla rasa con el pasado y con los valores definidores de la individualidad, ésta intenta imponer una igualdad antinatural. Es cierto que los hombres son semejantes entre sí, pero deducir de tal aserto una identidad entre ellos es una aberración ante la cual los altos logros culturales obtenidos por la civilización occidental pueden entrar en crisis disolvente.

La prudencia de la clase media, conservadora de una tradición, pero no inmovilizada por ella, sino por el contrario, en evolución hacia la justicia y el orden social, tiene su antinomia en los gobiernos populares en los que domina la pasión sobre la razón, y que tiende al logro de un factor desvinculado del conjunto, concediéndole una importancia desproporcionada con respecto a éste.

La burguesía hace su meta el lograr una convivencia armónica por medio de la educación perfeccionadora del individuo; para ello crea la igualdad de los hombres ante la ley, oponiendo el derecho a los privilegios de la aristocracia. Sobre esta doble base fija la libertad individual, que consiste en el res-

peto a los derechos de los demás, y dentro de estos límites, en el libre desenvolvimiento de la personalidad. El Estado vigilará por el desarrollo de estos ideales hasta que sean logros sociales. La base en la que la comunidad se ha de apoyar para llegar a esta situación es la clase media, que acapara el máximo de virtudes, siendo la más apta de las tres que componen la división tradicional de la sociedad.

Pero, como dijimos en el estudio sobre el siglo XIX, los tiempos modernos habían traído un enorme crecimiento de población; tomando conciencia de su fuerza, la plebe amenazaba al Poder e intentaba apoderarse de él y desterrar a las antiguas clases dirigentes. El carácter individualista y aristocrático de Valera tiembla ante lo que esto podría suponer: hundirse en el anonimato, perder el tesón que hace del hombre un arco tenso dirigido hacia metas ideales, serían sus consecuencias lógicas, porque «si una vez triunfante la democracia hemos de ser todos iguales, o todos tendremos que ser ilustres y poderosos o todos tendremos que ser miserables y oscuros, lo cual es más factible» ya que la Humanidad en grupo tiende a seguir la línea de mínimo esfuerzo y sólo en algunas conciencias individuales resuena la voz del imperativo categórico, que hace factible la continuación del progreso.

La democracia desharía esta idea de perfectibilidad social, tan querida por los pensadores del XIX; además, como esta teoría parte del supuesto erróneo de la igualdad entre los individuos, desea, para corporeizarse y sentirse segura, poner a todos ellos en idénticas condiciones, rompiendo con los méritos individuales y viendo en los sistemas políticos vigentes la causa de la injusticia que hace a un hombre diferente de otro. Volver al *estado natural*, y en él conceder amplia autonomía al individuo, es el pensamiento que desde Rousseau envenenan a las conciencias y que ha hecho suyo la democracia; falacia si las hay y que la realidad se encargará de demostrar llegado el caso, porque «Concedamos a los individuos toda la autonomía que desean los demócratas y veremos que la desigualdad llega a ser más profunda entre ellos; entonces sí que habrá un abismo entre hermano y hermano. Procuremos que reine entre ellos la mayor igualdad, y tendremos que apelar al terror para nivelarlos e igualarlos».

Pero las clases dirigentes del siglo XIX descansan tranquilas, la democracia es un peligro lejano, y la religión del progreso, que se ha interiorizado hasta ser jugo vital que riega sus almas, les hace sentirse confiados ante este fantasma, cuyo triunfo, de llegar alguna vez, será meramente episódico. «Necesario es que dominen los pocos en quienes se halla la inteligencia, los cuales irán siendo más, conforme la Humanidad avance en su carrera, pero jamás serán todos» y ésta necesidad tendrá por consecuencia que: «Cualquier triunfo de la democracia será efímero, y si podrá atajar un momento la corriente de:

la Humanidad en su progreso, nunca la sacaré de su cauce, ni le marcaré otro rumbo que el que fatal o providencialmente sigue» y aun durante ese período no habrá propiamente Gobierno democrático, sino tiranía.

Valera, dándose cuenta de los odios concentrados en las clases desheredadas por el crecimiento demográfico y la concentración de capital en manos de los grandes industriales, siente, como resonancia anticipada en su interior de lo que ha de ocurrir en el porvenir, que la plebe entregará a un tirano el poder para que «ejecute en su nombre la venganza y la justicia del pueblo».

ANTONIO DE FRANCISCO